

Al escuchar tu nombre, *Saidón*, imágenes de tu ascensor, tu pasillo, tu puerta me vienen inmediatamente a la cabeza. Ese tiempo antes de que la abrieras, y comenzara otro de esos ratos en los que algo iba a ver. A veces era algo que ya sabía, y a veces algo que no. En los dos casos se notaba que querías que lo viera. El tiempo demostró que tenías razón.

Osvaldo hacía tan bien su trabajo que no parecía posible que hiciera otra cosa. Su mirada se clavaba tan fácil en tus ojos como se perdía en el paisaje del balcón y la luz palermitana filtrada entre otros edificios. A veces pensaba si estaba mirando una playa paradisíaca brasilera, o algún rostro de alguna historia horrible que no era la mía. Lenta pero precisa esa mirada, como para que bajaras la guardia. Pero sí que sabía que mirar, sabía muy bien lo que era ruido y lo que era señal, era como un don. Y ahí estaba él, sabiendo, y yo, cambiando lo que pensaba de mí mismo.

Con el tiempo Osvaldo me ayudó a salir de mí mismo. A mostrarme que los espejos rotos son más interesantes que los intactos, no sólo porque devuelven más de una perspectiva posible, sino porque llevan inseparablemente la evidencia que que vivieron, de que provocaron suficientes emociones para ameritar golpearlos, o intentaron moverse de lugar aunque acarreará algún accidente.

Y así fuiste para mí. Me mostraste que la mente sigue al cuerpo, y me llevaste de mi momento egoísta individual a tu grupo generoso lleno de otras historias, otros ojos, y enriqueciste un poco más mi vida. Te agradezco mucho, *Saidón*. Tenías eso de las personas que vivieron mucho, enseñarme algo hasta quedándote dormido.